

Cristo despues de la Encarnacion empezó á manifestar los ocultos misterios que en ella se contenian.

Hasta aquí se llamaba antiguamente Misa de los catecúmenos, á los que se les permitia asistir; siendo en este acto despedidos por el diácono, como insinué en otra parte, por empezarse ahora la oblacion ó sacrificio, al que no podian asistir hasta despues de recibido el sagrado Bautismo.

CAPÍTULO IX.

DEL OFERTORIO.

Preparado ya é instruido así el pueblo, se empieza la celebracion del misterio, el que se ofrece á Dios como sacrificio y consagracion, y se toma como Sacramento, por cuya razon se canta primero el Ofertorio mientras se hace su oblacion. Luego despues viene la consagracion de la materia ofrecida, y la percepcion del Sacramento.

La Oblacion contiene dos cosas: primera, la alabanza del pueblo en el cántico del Ofertorio, que significa la alegría de los que ofrecen. Segunda, la oracion secreta del sacerdote por la que pide que la oblacion del pueblo sea á Dios grata, conforme á aquellas palabras del Paralip. xxix: *Ego in simplicitate cordis mei letus obtuli univer-*

sa hæc: et populum tuum qui hic repertus est vidi cum ingenti gaudio tibi offerre donaria... etc. (Div. Thom. in 3 p. q. 83, art. 4).

Significacion del Ofertorio.

El Ofertorio propiamente significa la conversion de las gentes á la fe de Cristo, por la que ofrecieron sus bienes y á sí mismos al Dios verdadero. Tambien se manifiesta por el Ofertorio la devocion del pueblo que, por los muchos bienes de Dios recibidos, quiere servirle con fidelidad.

Todos estos misterios, así como fueron necesarios á los santos Padres antes de la venida de Cristo para prepararse con devocion á recibirle cuando vendria á revestirse de nuestra carne mortal, del mismo modo son necesarios á los fieles presentes en el oficio de la Misa para recibir devotamente al mismo que viene á nosotros, aunque de un modo invisible en el sacramento de la Eucaristía. Este oficio no tiene mas objeto que desear esta venida, pedirla, aceptarla; y extraviados en su gracia y doctrina debemos tambien llorar nuestros pecados así que empieza su predicacion, y regocijarnos en la esperanza de la soberana alegría. Debemos, á mas de esto, observar sus mandamientos con diligencia, confesar públicamente las palabras de su fe, y últimamente ofrecer en su presencia con fide-

lidad nuestros dones y regalos. (Alexand. de Hales, in ult. part. suæ Sum. Theolog.).

Así, pues, mientras se canta el Ofertorio en el coro, el sacerdote ofrece á Dios en el altar la materia de pan y vino que se ha de consagrar para la Eucaristía, poniéndola sobre el ara, y diciendo ciertas palabras por las que manifiesta ofrece á Dios aquel sacrificio, no solo para sí, sino tambien en general por toda la Iglesia de los fieles, y en especial por algunas personas, con objeto de alcanzar la gracia de los bienes tanto espirituales como corporales. Hecha la oblation se vuelve de cara al pueblo á fin ó con objeto de recibir sus dones.

No obstante, para mayor declaracion de este Ofertorio es preciso advertir dos cosas: Primera, la significacion de lo que el sacerdote allí hace y dice. Segunda, la condicion ó cualidad de los regalos que el pueblo ha de ofrecer.

Respecto á lo primero, se debe advertir que no sin motivo volviéndose el sacerdote de cara al pueblo lo saluda, diciendo: *Dominus vobiscum*; cuya salutacion habia ya hecho otras veces, una despues del Intróito, otra inmediatamente antes de la oracion, para consolar al pueblo sobre el deseo de la venida del Señor pedido en el Intróito, deseando esté con ellos en cumplimiento de tal deseo. Tambien saludó al pueblo antes

del Evangelio, pidiendo que el Señor sea con ellos para perfeccionar su instruccion.

Saluda, pues, el sacerdote al pueblo antes del Ofertorio, pidiendo que el Señor sea con ellos, para que sea grata y acepta la oblation de sus regalos, como si dijera: que el Señor sea con vosotros, para que ofrezcais á Dios un sacrificio muy acepto; que mireis con devocion y amor el Sacramento eucarístico; que os incorporeis con el sacrificio por mí ofrecido, pues á la verdad el Señor está con sus fieles cuando los recibe, despues de haberse ellos ofrecido cuando los reune cerca de su sacrificio, y cuando los une en sí mismo.

Á esta salutacion del sacerdote responde el coro por todo el pueblo: *Et cum spiritu tuo*; esto es, que este sacrificio sea ofrecido á Dios y aceptado, no solo con las manos, sino tambien con verdadero espíritu, segun aquellas palabras de Daniel, cap. III: *In animo contrito et spiritu humilitatis suscipiamur à te Domine...* y en el salmo I: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum Deus non despicies*; et Joan. c. IV: *Spiritus est Deus, et eos qui adorant, oportet eum in spiritu et veritate adorare.*

En seguida, antes del Ofertorio, dice el sacerdote *Oremus*, exhortando á la oracion secreta, sin embargo de no decirse en-

tonces mas que el Ofertorio, para insinuar que la oracion pura exige que los regalos y dones para que sean aceptables á Dios han de ser ofrecidos por afecto. Á fin, pues, de ofrecerse al Señor cualesquiera fiel, debe primeramente elevarse todo á él por afecto, para hacerse digno sacrificio á Dios aceptable. Apenas hace el sacerdote dicha exhortacion, se canta el Ofertorio, llamado así, porque viene *ab offerendo*, y mientras el clero lo canta hace el pueblo sus oblaciones, por cuanto no solo el sacerdote, si que tambien todo el pueblo, debe ofrecer á Dios sus votos, y se haga partícipe por su oblacion de la sagrada Eucaristía.

Veamos ahora lo que los fieles deben ofrecer: deben estos primeramente ofrecer á Dios sus personas, despues sus dones con alegría; pues se canta el Ofertorio para significar que tales cosas se ofrecen á Dios con regocijo y alegría. *Hilarem enim datorem diligit Deus* (II Cor. ix); por cuyo motivo decia Moisés al pueblo: *Omnis voluntarius et pronus animo offerat dona Deo* (Exod. xxxv); y en otro lugar: *In omni dato hilarem fac vultum, et in exultatione sanctifica decimas tuas.* (Eccli. xxxv).

Para saber lo que cada uno de los fieles ha de ofrecer en la Misa debemos atenernos á las proposiciones siguientes: Primera, segun decreto de Gregorio VII (de Con-

sec. distinct. 1): Todo cristiano debe procurar ofrecer á Dios alguna cosa en las Misas solemnes, y acordarse de lo que nos dice el Señor por boca de Moisés: «*Non apparebis in conspectu meo vacuus...*» (Exod. xxiii). Mas para mayor inteligencia de este decreto, interpretado por algunos de varias maneras, debemos atenernos á la proposicion siguiente.

Segunda: Todo cristiano que asista al oficio de la Misa está por precepto obligado á ofrecer á Dios alguna oblacion espiritual, esto es, su interior voluntad, actual, habitual, ó á lo menos virtual; manifestando estar pronto y obediente á los divinos preceptos, reconociéndose sujeto á Dios como su Dueño y Señor. Sin embargo, esto debe entenderse solamente cuando hay precepto de oír Misa, como son los domingos y demás solemnes festividades; pues en las Misas cotidianas, sobre si hay ó no obligacion de precepto sobre dicha oblacion, no lo conceden los mas doctos teólogos.

Tercera: Sin dicha espiritual oblacion jamás serán á Dios aceptos los dones corporales ó temporales; pues se lee en el capítulo iv del Génesis: «*Quod respexit Deus ad Abel et ad munera ejus: ad Cain autem et ad munera ejus non respexit; quia hic non offerebat Deo interiorem voluntatem sicut ille.*» Dios, pues, mira pri-

mero á la persona antes que á la ofrenda, y nó le pueden ser gratas las oblaciones, sin que le guste la persona que la ofrece; motivo porque leemos en el salmo xxxix: «Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti mihi.» Esto es, oídos para oír obedientemente los preceptos de Dios. Y Cristo en el Evangelio: «Si offers munus tuum ad altare...» (Luc. xxi). Como también el Apóstol: «Corporalis exercitatio ad modicum utilis est: pietas autem ad omnia valet.» (I Timoth. v).

Cuarta: Ofrecer en la Misa algo de sustancia exterior del hombre, es una obra que, á mas de ser buena, es á Dios agradable, y útil y provechosa al mismo hombre. La razón es, que todo lo que se ordena á Dios, y se hace por su honor y por su reverencia, reconoce su supremo dominio; y protesta que estos bienes exteriores son dados al hombre por Dios cuando se ofrecen.

CAPÍTULO X.

DE LA SECRETA PREPARACION DEL SACERDOTE.

Después del Ofertorio se prepara el sacerdote para consagrar y ofrecer á Dios el sacrificio de la Eucaristía para sí y para todo su pueblo sirviéndose de dos preparacio-

nes, una secreta, y otra manifiesta, que se llama Prefacio. Llámase secreta preparación la primera en la que el sacerdote no dirige palabra alguna al pueblo, ni este tampoco le responde. En esta preparación deben notarse tres cosas.

Primera, incienso la materia del sacrificio colocada ya sobre el altar. Segunda, lava sus manos. Últimamente, dice las oraciones secretas. Por el incienso se prepara con el olor de la devoción; por el lavatorio, limpia la inmundicia, y por la oración manifiesta el ardor ó fuego de su corazón.

Cinco son las oraciones comunes que se llaman secretas, de las cuales empieza la primera: *Suscipe Sancte Pater...* La segunda: *Offerimus tibi Domine...* La tercera: *In spiritu humilitatis...* La cuarta: *Veni Sanctificator...* Y la quinta: *Suscipe Sancta Trinitas...*

Colocado por el subdiácono el cáliz en el altar con la ofrenda para consagrar, recibe el celebrante por el diácono la patena con la hostia, y sosteniéndola con las dos manos elevada hasta el pecho, levantando, y bajando al momento, sus ojos al cielo, dice la oración: *Suscipe Sancte Pater...* Confiesa el sacerdote por esta oración que el eterno Padre es Dios vivo y verdadero, como otro Daniel: *Non colo idola manu facta, sed viventem Deum qui creavit cælum...* (Cap. xiv).

Suplica que reciba la hostia inmaculada por sus innumerables pecados (porque, como dice Santiago, cap. III: *In multis offendimus omnes*) ya de comision como de omision, por sus *ofensas y negligencias*, no solo por sí, sino por todos los que están presentes, encomendando á Dios á todos los fieles vivos y difuntos, para que consigan la salud eterna; segun el precepto de san Pablo, quien dice: *Sacerdotem debere prius pro delictis suis hostias offerre, deinde pro populi.* (Hebr. VII).

Suplica al Padre reciba aquella hostia inmaculada, cuyas palabras no se refieren al pan que tiene sobre la patena, sino al cuerpo de Cristo, en el que cuanto antes aquella sustancia se ha de convertir en virtud de la próxima consagracion. (Card. Bona, *Rer. liturg. lib. 2, c. 29, n. 3*). Concluida la oracion, hace el sacerdote una cruz con la misma patena, antes de dejar la hostia, sobre el corporal, cuyo signo significa que la hostia se pone sobre la cruz, en la que el mismo Jesucristo se ofreció á su eterno Padre.

Luego despues, puesto por el diácono el vino en el cáliz, bendice el sacerdote el agua con la oracion: *Deus qui humanae substantie...* Mas celebrando Misa de difuntos se pone dicha agua sin bendicion. No se bendice el vino, porque este significa á

Cristo, quien no necesita bendicion alguna: se bendice el agua, porque significa el pueblo, que no habiendo en esta vida nadie que esté libre de todo pecado, necesita ser bendecido. No se da la bendicion en las Misas de difuntos; porque no bendiciéndose el pueblo al fin de ellas, tampoco debe ser bendecida el agua que, como dije antes, significa el mismo pueblo; ó mas bien, el agua en este lugar significa el pueblo del purgatorio, que ya está en gracia.

Son dignas de notarse las palabras que dice el sacerdote cuando se echa agua en el cáliz, que son: *Da nobis per hujus aquae et vini mysterium ejus divinitatis esse consortes, qui humanitatis nostrae fieri dignatus est particeps Jesus Christus Filius tuus Dominus noster.*

Viendo, pues, que por esta agua se entiende el pueblo, y que por dicho vino se manifiesta la sangre de Cristo, cuando se mezcla en el cáliz el agua con el vino se une el pueblo con Cristo, y la plebe de los creyentes se une y mezcla en él, en quien cree. De tal modo se mezclan agua y vino en el cáliz del Señor, que no pueden separarse; por lo que la Iglesia, ó el pueblo constituido en la Iglesia, perseverando con fidelidad en su creencia, ninguna cosa puede separarlo de Cristo. (Div. Cyprian. ep. ad Cæcil.).

Puede tambien darse otra mística explicacion, puesto que las unas no excluyen las otras. Algunos por aquella union de agua con el vino piensan se indica el misterio de la Encarnacion, en el que se unió hipostáticamente la naturaleza humana con la persona divina; cuya explicacion defienden con las referidas palabras de san Cipriano. Otros piensan que aquella union significa la sangre y agua que salió del costado de Cristo; por cuanto el sacerdote de rito ambrosiano, celebrando, en lugar de la oracion arriba indicada, dice: *De latere Christi exiit sanguis et aqua. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Concluida dicha oracion, con su mano derecha recibe el sacerdote del diácono el cáliz así preparado, y teniéndolo levantado, estando en medio del altar, con los ojos al cielo elevados, dice la oracion *Offerimus tibi Domine...* la que concluida, hace el signo de la cruz con el cáliz sobre el corporal, colocándolo en medio, despues de la hostia, cubriéndolo con la pália.

Dos cosas pueden notarse en la oracion de la oblacion del cáliz. Primera, porque el sacerdote cuando ofrece la hostia dice *Offero*, como se ve por la ya indicada oracion *Suscipe Sancte Pater...* y en la oblacion del cáliz dice *Offerimus*: en seguida, ó en segundo lugar, que significan aquellas

palabras *calicem salutaris*, no habiendo en el cáliz otra cosa que agua y vino.

Se dice *Offerimus*, porque en la Misa solemne dice el sacerdote dicha oracion junto con el diácono que puso el vino en el cáliz, cuyo rito se observa en la Misa privada por la uniformidad; y tambien porque segun rito romano administraba el diácono el *Sanguis* al pueblo. (Pouget, tom. 2 Inst. Catholicar. p. 844).

Decimos *calicem salutaris*, esto es, cáliz de Cristo, quien lo instituyó para que fuese ofrecido y consagrado. Mas claro: en el mismo sentido que en la oracion *Suscipe Sancte Pater*, dice el sacerdote, *hanc immaculatam hostiam*, igualmente en la oracion *Offerimus* se dice *calicem salutaris*, como lo observa el mismo Pouget en el lugar citado.

El cubrir el cáliz con la pália no tiene ningun misterio, solo sirve para evitar caiga dentro alguna cosa. (Gavant. in Comment. ad rub. Miss.).

Luego el sacerdote con voz sumisa é inclinado, dice la oracion *In spiritu humilitatis...* por la que se pide la aceptacion divina respecto de este sacrificio en cuanto al efecto de su consagracion. Se dice esta oracion, estando inclinado el sacerdote, en señal de humildad. Añade en seguida la oracion: *Veni Sanctificator...* Por la que se

pide la conversión de aquella materia en cosas divinas, que es el término de la consagración, para cuya consecuencia eleva antes al cielo sus ojos, extiende sus manos, y las junta luego ante su pecho, donde arde el fuego de sus deseos.

Del incienso.

Se incienso el altar para representar el efecto de la gracia, con la que, así como Cristo fue lleno de buen olor (Genes. xxvii: *Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni*), se deriva de Cristo á los fieles por el oficio de sus ministros, segun el Apóstol, II Corinth. ii: *Odorem notitiae suae spargit per nos in omni loco*. También recuerda esta incensación odorífica el ejemplo de la Magdalena, de la que dice el Evangelista: «*María, pues, tomó una libra de unguento precioso, y lo derramó.*»

Incienso, pues, el sacerdote primero en forma de cruz, por cuyo signo se maldicen todos los conatos diabólicos, á fin de que de ningun modo prevalezcan contra el mismo sacerdote ni de su sacrificio; por cuanto este sagrado humo ahuyenta todo género de demonios. (Tob. vi). Y la señal de la cruz espanta al diablo, segun el Apóstol, ad Philipp. ii. Incienso luego tres veces al rededor, porque también la Magdalena ungió tres veces á Cristo. Incienso to-

do el altar, porque el hecho de la Magdalena se publicó por toda la tierra en la que se predica el Evangelio. Incensado el altar, se incienso á los otros, porque por el olor del unguento de la Magdalena se llenó toda la casa, y con la plenitud de Cristo reciben todos los concurrentes su gracia en olor de sus unguentos.

Lavatorio de manos.

Se lava despues las manos el sacerdote en el altar, es decir, las extremidades de los dedos, mas para significar alguna cosa, que para evitar se ensucie el cuerpo de Cristo; pues está de tal manera en la Eucaristía, que ninguna cosa corporal lo puede tocar ni manchar.

Significa, pues, este lavatorio, primero la reverencia; porque los divinos misterios deben tratarse con pureza corporal. Segundo, significa la pureza del entendimiento, la que principalmente debe tener el sacerdote; pues así como en su primer lavatorio, fuera del altar, significó haberse lavado en su entendimiento de los pecados mortales, del mismo modo en este segundo, que se hace en el altar, lavándose únicamente las extremidades de los dedos, significa la pureza del mismo entendimiento que debe tener, en cuanto le fuere posible, tanto de los veniales, como de las reliquias

de los mortales; por cuya razon en el acto que el sacerdote se lava dice aquel versículo del salmo xxv: *Lavabo inter innocentes manus meas...* no ya entre los pecadores, como lo verificó en el otro lavatorio antes de la Misa: *Et circumdabo altare tuum, Domine... Amplius lava me Domine ab injustitia mea.* (Psalm. I). Borrado, Señor, mi iniquidad, y si tuviere la dicha de estar ya purificado, no obstante lavadme todavía, purificadme mucho mas. Pues quien está ya limpio por el primer lavatorio no necesita sino lavarse los piés de su alma, que son las afecciones salidas de la sensualidad.

Tercero, significa este lavatorio que para ofrecer el sacerdote á Dios este sacrificio debe primeramente regar su conciencia con lágrimas de compuncion: *Et lacrymis meis stratum meum rigabo.* (Psalm. vi). Este lavatorio fue prefigurado en la antigua ley cuando el Señor dijo á Moisés: *Facies labium æneum ad lavandum sacerdotibus...* (Exod. c. xxx).

No falta quien haya excitado alguna dificultad en el uso de este salmo, sobre aquellas palabras que recita el sacerdote pertenecientes al verso: *Ego autem in innocentia mea ingressus sum;* que á la verdad parecen impropias á la cristiana humildad. Cuya dificultad queda enteramente desvanecida al que observa con atencion que al

mismo tiempo que el sacerdote por dichas palabras declara su inocencia, confiesa en seguida necesita la mano y misericordia del Redentor; pues que añade al momento: *Redime me, et miserere mei;* ni carece del temor del pecado, si no tiene á Dios propicio: *Ne perdas cum impiis Deus animam meam, et cum viris sanguinum vitam meam:* en sentido de cuyas palabras se contiene la virtud de la humildad cristiana. (Le Brun, tom. 1, pág. 351).

Luego se prepara el sacerdote con el susfragio de la oracion, por dos razones: Primera, ora secretamente; segunda, pide al pueblo asistente el auxilio de su oracion. Lavados, pues, los dedos de una y otra mano, llevando estas juntas delante del pecho, llega en medio del altar, en el que, elevados á Dios sus ojos, y bajados al momento, é inclinándose un poco, dice la oracion *Suscipe Sancta Trinitas...* por cuya oracion se pide nos aproveche el sacrificio, que es accion de gracias, conmemoracion de los beneficios de Dios, alabanza de los Santos, y camino seguro para los fieles viadores.

Á fin de que nuestras oraciones sean oídas de Dios, es preciso, en el que suplica, humildad y contricion de corazon. *Cor contritum et humiliatum Deus non despicies...* (Psalm. I). Cuyas dos cosas son absolutamente necesarias cuando se trata

de la conmemoracion de la Pasion del Señor, la que sufrió con tanta humildad por nuestros pecados; motivo por el que nosotros en su memoria debemos humillarnos y anonadarnos. Pues en esta humildad ora el sacerdote, ó mejor, suplica á la Iglesia reciba la oblation de este sacrificio, confiando que así ofrecido, no será desechado.

Por lo que es preciso advertir que siempre que el sacerdote lleva las manos juntas y se inclina, tanto en esta oracion *Suscipe Sancta Trinitas*, como en los demás actos que lo verifica durante el sacrificio, indican la humildad del celebrante, y significan la obediencia de Cristo. *Quod autem manus interdum jungit, et se inclinat, est suppliciter et humiliter orantis, et designat humilitatem et obedientiam Christi, ex qua passus est.* (D. Thom. 3 p. q. 83, art. 5, ad 5).

En la misma oracion se hace memoria ó mencion de la Pasion, Resurreccion y Ascension de Nuestro Señor Jesucristo: *Suscipe Sancta Trinitas hanc oblationem, quam tibi offerimus ob memoriam Passionis, Resurrectionis et Ascensionis Jesu Christi Domini Nostri*, por cuyas palabras se expresa todo el sacrificio de Cristo.

Suplica, por dicha oracion, el sacerdote á la Trinidad santísima reciba la oblation en honor de la bienaventurada Virgen Ma-

ría, de san Juan Bautista, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, de los Santos cuyas reliquias están escondidas en el altar, y de todos los demás Santos, *ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem*; pues cuanto los Santos han alcanzado de honor y gloria, lo han conseguido en fuerza y virtud del sacrificio de Cristo, y el honor y gloria de Cristo se difunde en los Santos, quienes son miembros vivos unidos con él como á su cabeza. (Le Brun, tom. 1, pág. 158 et seq.).

Luego pidiendo el sacerdote al pueblo el sufragio de sus oraciones, se vuelve de cara á él, y dice: *Orate fratres...* pues para que su oblation sea perfecta y grata á Dios pide tambien los sufragios de la Iglesia; de la que dice Malach. III: *Placebit Deo sacrificium Juda et Hierusalem sicut dies sæculi et anni antiqui...*

Por apelar á sus hermanos denota el sacerdote la unidad de la Iglesia en la caridad y paz de Cristo. Necesita, pues, el sacerdote ser ayudado por las oraciones de otros; porque él, como dice el Apóstol: *Circumdatus est infirmitate...* (Hebr. v). Á mas, por la misma razon, refiriéndose á los sacerdotes, leemos: *Orate pro invicem ut salvemini: multum enim valet oratio justi assidua.* (Jacob. v).

Cuando dice el sacerdote: *ut meum et ves-*

trum sacrificium... denota que ofrece á Dios aquel sacrificio no solo para sí y en su nombre, sino tambien para otros fieles, y de parte de los mismos; por lo que recomienda entonces á Dios sus personas, y la materia que se ha de consagrar. Pues como dice el Apóstol: *Debet quemadmodum pro se, ita et pro populo, offerre hostias ad expiationem peccatorum: ipse homo ex hominibus assumptus et pro hominibus constitutus in his quæ sunt ad Deum.* (Hebr. v).

Á esta peticion del sacerdote responde el ministro en nombre de todo el pueblo allí presente: *Suscipiat Dominus sacrificium de manibus...* «Reciba el Señor el sacrificio de tus «manos en alabanza y gloria de su nombre, y en utilidad de toda su santa Iglesia.» Á cuyas palabras responde el sacerdote: *Amen.* Como si dijera, así se verifica que como tú lo dices.

De la Oracion secreta ó sagrada.

Por haber ya el sacerdote antes del Ofertorio excitado al pueblo para orar, cuando dijo *Oremus*, sin repetir esta palabra (algunos quieren se repita), dice la Oracion secreta, que tambien se llama Oracion sagrada: por ella pide á Dios el sacerdote que el pueblo fiel, con sus oblaciones, se incorpore con Dios en unidad del cuerpo de Cristo; y á mas de esto que el mismo Cris-

to se digne ofrecerle este sacrificio á fin de que sea grato y aceptable.

Es preciso advertir que en esta Oracion secreta el sacerdote empieza ya á representar la Pasion de Cristo, cuyo principio fue el secreto concilio y maquinacion de los judíos, por el que empezaron secretamente á tratar de la muerte de nuestro adorado Jesús, como dice san Juan en el capítulo xi; y este es uno de los motivos que por disposicion de la Iglesia se diga esta oracion en secreto por el sacerdote.

Otra razon aun hay para que se diga en secreto esta Oracion, y es, que por ella empieza el sacerdote á ofrecer á Dios su sacrificio, pidiéndole de muchos modos el beneficio para nosotros: por esto es menester que estas cosas sagradas que se piden se oculten en cierto modo á lo comun del pueblo, á fin de que sean mas veneradas. Pues todas las cosas públicas, por su continuacion, acostumbran comunmente á desmerecer y á ser despreciadas; motivo por que manda el Señor por san Mateo: *Nolite Sanctum, scilicet panem, dare canibus: et margaritas nolite projicere ante porcos: ne forte conculcent eas pedibus suis: et canes conversi disrumpant vos.* (Matth. vii).

Tambien debe advertirse que esta oracion secreta corresponde á la *Collecta* ú

oracion que se dijo en alta voz en el principio de la Misa, de modo que deben decirse tantas oraciones secretas, cuantas se dijeron públicas, guardando siempre el mismo orden. No obstante, en la primera Secreta, como dije, no debe decirse antes la palabra *Oremus*, porque se dijo ya al Oferitorio. Mas en la segunda Secreta, y demás, que han de decirse todas *sub unica conclusione*, debe preceder antes el *Oremus*; por ser diversa la peticion segunda de la primera, requiere nueva exhortacion, aunque secreta.

Llegado ya el sacerdote al fin de la Oracion secreta, dice en alta voz: *Per omnia secula seculorum*. Y se dice en alta voz por dos razones: Primera, para significar que aunque Cristo estando próximo á su pasion se escondió primero de los judíos que maquinaban su muerte, retirándose en el desierto, segun san Juan, cap. x; se manifestó luego despues públicamente seis dias antes de Pascua, andando y enseñando en Jerusalem, dando público testimonio estaba dispuesto á la pasion para inmolarse como verdadero cordero pascual por la salud de todos.

Segunda razon: porque debiéndose decir en secreto dicha Oracion para ocultarla al pueblo por las razones indicadas; con todo,

siendo su fruto comun á todos, es conveniente que el fin de su conclusion se comuniqué á todos en alta voz.

Mas oida dicha conclusion por el pueblo, el coro de sacerdotes responde en nombre de todos: *Amen*. Esto es, así se haga en nosotros como tú en secreto lo has pedido en la presencia de Dios para nosotros. Puede tambien entenderse *Amen*, como si dijera: Verdad es lo que has proferido; y nosotros de corazon y de boca confesamos la misma verdad que tú en secreto has confesado en la presencia de Dios; segun aquellas palabras: *Justi sunt omnes sermones tui, et non est in eis pravum quid atque perversum*. (Proverb. viii).

CAPÍTULO XI.

DEL PREFACIO, Ó PREPARACION PÚBLICA DEL SACERDOTE.

Siguese luego el Prefacio, sobre el que deben notarse muchas cosas. Une el celebrante con alta voz el fin de la primera oracion con el principio de la siguiente: *Quia Christus est lapis angularis, qui fecit utraque unum, conjungens judæos et gentiles, ut sit eorum unum ovile, et unus Pastor*.

Oyendo, pues, el sacerdote la devocion del pueblo y su fiel confesion, juzgándole